

Un mercenario

■ La galería de tipos que ofrece el mundo contemporáneo es tan variada y exótica, que al hombre de la calle que lleva una vida rutinaria y ordenada, le resulta difícil comprender la pasta de la que algunos de esos personajes están hechos.

Es el caso, por ejemplo, del soldado mercenario que los movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios surgidos en África en los últimos quince años, han hecho emerger.

Esta curiosidad legítima puede ser satisfecha en parte leyendo un libro de reciente aparición titulado "El Último Aventurero" y que firma Rolf Steiner, soldado mercenario, quien, después de haber sido dejado fuera de combate, encontró una forma más pacífica de ganarse la vida, escribiendo sus memorias.

Al parecer, Steiner fue víctima de una frustración. Desde niño fue educado para hacer la guerra en la Alemania nazi. A los 10 años ya pertenecía a una organización paramilitar infantil. Cuando estaba por ser promovido a la brigada juvenil, la guerra terminó con el desastre alemán. ¿Qué haría este hombre que había sido amamantado, criado y educado para hacer la guerra en un mundo de paz? Después de considerar la situación, Steiner nos cuenta que tomó una decisión lógica: enrolarse en la Legión Extranjera. El memorialista nos dice que en ese cuerpo armado francés esperaba "luchar por la protección de los débiles y la defensa de las causas justas". Con esta motivación, luchó en Indochina contra los vietnamitas y en Algeria contra los independentistas, para después alinearse en la O. A. S. junto a los oficiales franceses que se negaron a aceptar que su país se desprendiera de su principal posesión en Africa.

Largo sería resumir el itinerario que narra Steiner después de separarse de la Legión Extranjera. Los nombres de países que él menciona como Biafra, Nigeria, Mali, evoca de inmediato al lector distante, noticias leídas en la prensa de sangrientos combates y no pocas atrocidades. Steiner, sin embargo, insiste que su interés no es el dinero que se le pagaba para hacer la guerra, sino el estilo de vida que llevaba. Decididamente, no estaba hecho para la vida civil. Allí, sus habilidades de nada servían y pasaba a ser uno más del montón; en cambio, en Africa, a las órdenes de quien más le pagara, sentía la sensación de poder, de ser un técnico cuyos servicios eran altamente solicitados. Y bien remunerados, también.

Al final de sus memorias, Rolf Steiner se pregunta: "¿Quién soy yo?", para luego responderse: "¿Un hombre de guerra? Ciertamente nunca me ha gustado la guerra en sí, aún cuando debo confesar que me fascinaba. Cada batalla es una carrera en que se llega a momentos límites. Cuando se está ahí, el premio que se obtiene es la alegría de sobrevivir. ¿Con qué se puede reemplazar tal escuela de valentía y de autocontrol donde los alumnos se ven a sí mismos en su verdadera dimensión humana?"

No sé, pero seguramente cada uno de Uds. tendrá una buena respuesta para el señor Steiner a tan descabellada pregunta. Sí, una cosa queda clara después de conocer "la filosofía" de un mercenario: uno principia a apreciar mejor a esos locos y melencuos hippies de los años cincuenta con su lema: "Haz el amor, no la guerra".

PARTIQUINO

LA SEGUNDA